

¿UNA NUEVA GENERACION DE HISTORIADORES?

Carlos Meléndez Chaverri

A esta pregunta, habría que contestar mediante un razonamiento, que no se puede escribir en una página. En efecto, la respuesta involucra numerosas facetas que deben ser aclaradas, para intentar satisfacer al interrogador.

El término *generación* que aquí se plantea, lo consideramos integrado al concepto de Ortega y Gasset, razón por la cual deberemos empezar clarificándolo. Según Ortega:

“Las variaciones de la sensibilidad vital que son decisivas en historia se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuos, es el concepto más importante de la historia, y por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos”¹.

Para Ortega el carácter dinámico del término obedece al sentimiento del individuo como ser individualizado, lo que hace que al hablar de generación, sea preciso a la vez destacar el carácter de “sensibilidad social” de que él habla, como fenómeno primario de la historia. Al enfatizar acerca de las dos tendencias, parejamente erróneas, en que se ha querido plantear la historia, una interpretación colectivista y otra individualista de la realidad histórica, concluye en una afirmación, la de que la vida histórica es convivencia, de que no se puede separar al individuo de la “masa”.

Dentro de un marco de identidad, los miembros de una generación participan de mutuas influencias y de comunes impulsos, que hacen a Ortega convencerse de que “cada generación representa una cierta actitud vital”.

Tenemos, pues, que una generación se caracteriza tanto por su "identidad" como por su "vitalidad", enmarcada ciertamente dentro de una fijación en cuanto a la edad cronológica. Así las cosas, hemos llegado a establecer un sentido ciertamente restrictivo al término, lo que permite focalizar la respuesta, orientándola de manera directa hacia un objeto concreto.

Esa "unidad" entre individuo y colectividad, de que nos habla el célebre español, es en efecto, de gran valor para la historia, sobre todo cuando, como en el caso actual de dicha disciplina, se la tiende a fragmentar en unidades independientes; tal el caso de la historia económica, la historia social, la cuantitativa, etc., que no son sino partes de la unidad que es el acontecer global del hombre. Los niveles de especialización son válidos siempre y cuando no se pierda la visión del conjunto, que es el mundo dentro de lo cual el hombre se encuentra inmerso.

Responder a la pregunta obliga además a establecer previamente a qué individuos específicamente vamos a referirnos, cuando hablamos de generación. A la hora de establecerlo, y sin necesidad de momento de dar nombres de personas, tendremos que llegar a concluir que en la realidad no todos los que quedan comprendidos en lo que sería, con un enfoque global, la "camada" de los nuevos historiadores, tienen la misma edad, sino que son personas que en forma sucesiva han ido saliendo de nuestras universidades, en particular de la Universidad de Costa Rica, para conformar un conjunto relevante de investigadores de nuestro pasado, sin que pueda afirmarse que pertenecen a una misma generación.

Lo importante para nuestro efecto es, sobre todo, lo que vamos a encontrar es la sucesión de personas con similares preocupaciones, y con vínculos de continuidad que reafirman el concepto de Ortega de que:

"Las generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoración, instituciones, etc.— por la antecedente; la otra dejar fluir su propia espontaneidad" ².

Para establecer diferenciaciones operativas en nuestra apreciación, es preciso además no olvidarnos de que hay épocas de una mayor dinamicidad que otras, y ciertamente por factores distintos, tanto de oportunidad individual como de actitudes mentales; hay períodos que permiten, más que otros, la continuidad o el cambio. Es decir, que hay personas que aceptan lo

recibido, sin mayor dificultad, mientras que otras son indóciles ante la autoridad del pasado. Por esto mismo, Ortega nos afirma:

“Ha habido generaciones que sintieron una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio. Entonces se vive en épocas cumulativas. Otras veces han sentido una profunda heterogeneidad entre ambos elementos, y sobrevinieron épocas eliminatorias y polémicas, generaciones de combate” ³.

No somos de los que consideramos la historia como lucha de clases, ni cosa parecida. Sin embargo, es preciso reconocer que la cuestión de “generaciones” no entraña en sí misma en forma absoluta el sentido de enfrentamiento, de tensiones, aun cuando algunas veces se ha dado ese choque generacional. Para resumir, podemos afirmar que para Ortega el concepto de generación es tener la misma edad y tener algún contacto vital. Julián Marías, discípulo de Ortega, a la hora de tratar de aplicar sistemáticamente el método de las generaciones, llega a establecer, sin entregarse a la idea por completo, que hay un período de treinta años, que es la cifra de la duración media de la fase plenamente activa del hombre. La misma puede subdividirse en dos fases dinámicamente opuestas,

“con funciones que se engranan polémicamente —gestación y gestión, lucha por el poder y ejercicio del mismo—, para caer en la cuenta de que la vigencia de una generación sólo dura la mitad del plazo de su actuación histórica total” ⁴.

El doctor Claudio Gutiérrez Carranza publicó hace años en la *Revista de la Universidad de Costa Rica*, de la que fue rector, un interesante artículo acerca de la aplicación del método de las generaciones al caso de Costa Rica ⁵. Sin pretender establecer sobre ese mismo criterio una especie de mecanismo cronológico automático de tipo mecanicista, para el funcionamiento de las generaciones costarricenses, hay que reconocer en todo caso el grado de acierto en el establecimiento para nuestro país, de tal sistema generacional. Usualmente se ha venido hablando en Costa Rica de la “generación de 1948”. Yo diría, en respaldo del mismo doctor Gutiérrez Carranza, que dicha generación encaja perfectamente dentro de su esquema de generaciones, aun cuando treinta años más tarde, es decir, por 1978 aproximadamente, no hallemos tanto una efervescencia generacional, como político-económica. Los quince años intergeneracionales, que nos llevarían por allí de 1963, tampoco muestran particulares muestras de ajustes o cambios dignos de poner en relevancia.

Pensamos, sin embargo, que sin un afán de tipo determinista, pero sí visto desde la perspectiva de la realidad costarricense, la apertura de la Universidad de Costa Rica, en 1941, marca en el proceso historiográfico costarricense un viraje importantísimo, por razón de que, como lo señaló alguna vez don Carlos Monge, de allí en adelante dicha disciplina adquiere, o tiende en sus principios hacia lo que a la postre sería, la profesionalización del historiador. En efecto, quienes se formaron en las décadas anteriores, no hallaron en nuestro ámbito las condiciones adecuadas para su formación profesional en ese campo. La mayoría de quienes no salieron del país para estudiar fueron historiadores por vocación, no por formación. En otros casos, profesiones como el derecho señalaron el derrotero para caer en la historia. De las generaciones de nuestro siglo, podemos citar como historiadores de vocación a don Ricardo Fernández Guardia, a don Francisco María Núñez, a don Eladio Prado, a don Rafael Obregón, para citar sólo cuatro nombres. Entre los abogados historiadores citaremos a don Cleto González Víquez, don Pedro Pérez Zeledón y don Hernán Peralta. Y con otra formación profesional, pero relevante en historia, es preciso citar el nombre de monseñor Víctor Sanabria. Caso de excepción es el de don Carlos Monge Alfaro, cuya formación como profesor de historia en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, donde se graduó en 1934, le permitió venir aquí a ejercer la docencia, primero a nivel de enseñanza media y más tarde en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad de Costa Rica. La primera etapa de dicha facultad tuvo que ser transicional, pues lógicamente hubo que echar mano a gente muy calificada del país, sin formación universitaria específica en el campo de la docencia. Los primeros cursos de historia nacional allí los tuvo el general y exsacerdote don Jorge Volio y luego don Rafael Obregón Loría, ambos verdaderas autoridades en ese campo, sobre todo el segundo. Don Jorge Lines, primer secretario de dicha escuela, tuvo a su cargo la historia documentada de Costa Rica, donde formó un grupo humano muy valioso. Don Carlos Monge Alfaro no impartió nunca cursos universitarios de historia de Costa Rica; es preciso, sin embargo, destacar que fue el primero en enseñar en el Liceo de Costa Rica y el Colegio Superior de Señoritas la historia, enfocada bajo el énfasis de la influencia francesa, incluida la llamada Escuela de los Anales. Ya en 1935 sus alumnos conocían al menos de nombre a Paul Lacombe, Louis Alphen y Henri Berr; a su influjo se debe la vocación historiográfica del licenciado Rodrigo Facio Brenes.

Nosotros nos declaramos conformados dentro del impulso original de la naciente Universidad, aun cuando a nuestro ingreso había ya salido la primera camada de egresados.

De ese momento histórico en adelante, tanto esa facultad como más

tarde la Escuela de Historia y Geografía, ubicada en la Facultad de Letras y Filosofía a partir de la reforma universitaria de 1957 y hoy dentro de la Facultad de Ciencias Sociales, han continuado en el proceso de conformación de un tipo humano de historiador, formado según las ideas y corrientes que prevalecían dentro de la Universidad, en cada época. Es decir, que desde la creación de la Universidad, se ha venido dando un flujo constante de profesores y profesionales en la historia, cada vez más calificado y con una mejor formación académica. Sobre todo es preciso destacar que en el momento en que empiezan a viajar a España, primero, y más tarde a Francia y Estados Unidos, algunos de esos egresados universitarios, con el objeto de obtener grados mayores, como la maestría y el doctorado, se refina el producto humano profesional. Pero es necesario, a la vez, destacar a partir del año 1974, la presencia de los distinguidos suramericanos, el doctor Héctor Pérez Brignoli y el doctor Ciro F. Cardoso, egresados de universidades francesas, que vinieron a actuar en fuerte sentido innovador dentro de las corrientes historiográficas hasta entonces en voga en el país. El cuantitativismo y la estadística, y la teoría y metodología científica neomarxista, fueron quizás los elementos más destacables de este aporte tan valioso. De ellos, sólo el primero permanece hoy en el país, y ha llevado adelante importantes tareas investigativas, a más de contribuir a abrir nuevos horizontes en la historia cuantitativa, tanto estadística como demográfica.

Todo lo dicho ha sido para demostrar que más que una generación nueva de historiadores, lo que ha habido es la sucesión lógica de nuevas orientaciones y tendencias en el terreno de la investigación. Es decir, que ha ocurrido el proceso natural de toda evolución con devenir ascendente. La Universidad no sólo ha profesionalizado al historiador, sino que lo ha provisto de armas, cada vez más refinadas, para incrementar la calidad y perfeccionar las técnicas, que a final de cuentas contribuyen a dar mayor trascendencia a toda investigación.

Al analizar en perspectiva global este proceso, nos parece evidente que si bien en muchos aspectos se ha marchado hacia adelante, se han dado a la vez circunstancias que nos parecen censurables. Es cierto que hay que trascender en la investigación a lo *événementielle*, a la historia-acontecimiento, desprovista de todo rasgo de interpretación. Pero la historia sigue siendo la huella dejada por los nombres, y en consecuencia los *hechos* siguen teniendo su valor para todo historiador. En un trabajo reciente no hemos podido menos que sonreír, cuando quien lo escribe se siente casi obligado a una disculpa con el lector, al decir que tiene que ocuparse de determinados hechos para su análisis histórico. Pareciera que su autor quería hacer chocolate sin cacao.

Es estéril ciertamente toda obra de erudición factual, del hecho histórico como objetivo supremo y único del investigador. Pero a la vez, éste resulta imprescindible para poder montar sobre ello toda interpretación. Teorizaciones sin base en investigaciones adecuadas, no contribuyen en modo alguno a afirmar la calidad de un trabajo.

Se ha impuesto ciertamente una tendencia modernizadora de la disciplina histórica en el país, en buena hora. Pero se cometen a la vez grandes errores, al pretender manejar ciertos campos de investigación, sin conocer a fondo las disciplinas conexas que se dice sirven de apoyo a la investigación. Se hace historia económica, muchas veces, sin manejar al menos los conceptos básicos de la economía; se hace demografía histórica y se manejan apenas los rudimentos de la ciencia demográfica, etc. Quienes se dicen marxistas adoptan un dogmatismo ciego al manejar apenas, muchas veces, el a-b-c del marxismo y olvidándose de que la conceptualización de Marx ha sido reactualizada en muchos aspectos por los llamados neomarxistas y revisionistas, dado que Marx no fue, como algunos lo quisieran, un iluminado que por magia de la divinidad quedó exento del error.

Abrir puertas y ventanas mentales, es una de las tareas más importantes para el progreso de toda disciplina. En un país como el nuestro, en donde carecemos todavía del conocimiento de las fuentes básicas, es preciso laborar acopiando documentos, utilizando mucho material "positivo", que sirva de fundamento a sólidas interpretaciones. Esta es la diferencia mayor que nos separa de países como Francia, que prácticamente ha agotado sus fuentes originales.

Las especializaciones ciertamente son necesarias, siempre y cuando nos olvidemos que la realidad global del hombre integra todos esos diversos elementos, en el fenómeno que llamamos la realidad.

Hemos argumentado en el sentido de que más que una nueva generación de historiadores lo que hay en el país es un enriquecimiento de las perspectivas de la disciplina histórica, a más de una tendencia hacia la modernización. Pero al intentar razonar un poco más, acerca de los peligros y acechanzas que amenazan a quienes quieren aparecerse como abanderados de esas nuevas corrientes historiográficas, hemos terminado por dar prácticamente un sermón. Al intentar hacer un balance de la situación, esta actitud prácticamente se imponía, porque más de una vez, hemos sentido que algunos tienden a caer en la trampa, que consiste en pretender llegar a nuevas soluciones de viejos problemas, cuando lo que se está haciendo es vestir con ropajes vistosos y llamativos a viejas imágenes de santos. Es un poco el peli-

gro de la moda, del afán de modernidad, sin profundidad teórica y metodológica. Pero en todo caso, la Universidad, las universidades, seguirán siendo, en adelante, la fuente siempre viva en la que los jóvenes, de hoy y de mañana, irán a satisfacer la sed de conocimientos que caracteriza al hombre. Ojalá que sea siempre viva y abierta a todas las alternativas, y no al dogmatismo, que parece ser el mayor enemigo con que la mente tiene que enfrentarse, en este mundo cada vez más alienado en que vivimos.

NOTAS

1. Ortega y Gasset, José. *El tema de nuestro tiempo*. En **Revista de Occidente**. Madrid. 1957. P. 7.
2. **Ibíd.** P. 9.
3. **Ibíd.** P. 10.
4. Marías, Julián. *El método histórico de las generaciones*. En **Revista de Occidente**. Madrid. 1949. P. 163.
5. Gutiérrez Carranza, Claudio. *Ensayo sobre las generaciones costarricenses. 1823-1953*. En **Revista de la Universidad de Costa Rica**. No. 10. Noviembre de 1954. Pp. 51-61.